

CAPÍTULO II.

1492—1600.

LOS ABORÍGENES DE AMÉRICA.

Origen de la palabra *indio*.—Razas anteriores.—Antigüedades americanas.—Caractéres generales de las tribus indias.—Carta de Colon.—Usos y costumbres.—Gobierno, leyes, jefes y sacerdotes.—Ley del Talion.—La guerra como ocupacion preferente de los indios.—Sus mujeres.—Número de habitantes.—Cuáles eran los dialectos que hablaban.—Memoria de Mr. Schoolcraft.—Insinuaciones proféticas.—Cómo consideraban los europeos los derechos de los indios.—Fallo del Tribunal Supremo.—Origen de las dificultades que surgieron.

Cuando Colon hubo logrado demostrar la verdad de sus opiniones, por tanto tiempo y tan afanosamente sostenidas, respecto á la existencia de tierras por descubrir navegando hácia el Occidente, supuso que habia llegado al tan decantado Cathay, ó á las Indias orientales; y como este error natural quedó sin corregir por el ilustre navegante, resultó de ahí que se llamase indios á los habitantes de las islas y principales regiones de América. Este nombre ha sido sancionado por el tiempo y la costumbre, para designar los naturales del país en la época en que Colon y sus sucesores arribaron al nuevo mundo, usándolo igualmente para los descendientes de aquellos primitivos habitantes, y á pesar de su notoria impropiedad, es demasiado tarde para sustituirle con otro mas significativo y verdadero.

Antes que prosigamos la historia de la colonizacion gradual de América, y de las numerosas cuanto sangrientas contiendas habidas entre los recién llegados y los que éstos hallaron en posesion del país, no pare-

cerá fuera del caso dedicar aquí algun espacio á tratar de los aborígenes del continente occidental, y en especial de los de la América del Norte.

Sin entrar en discusion respecto á la procedencia de las primeras gentes que se establecieron en América, cuestion mas curiosa que de utilidad, es positivo que las tribus indias esparcidas por el país, descendian de una raza que desapareciera siglos antes del descubrimiento del nuevo mundo por Colon. Las numerosas antigüedades descubiertas en varios puntos del suelo americano, no permiten dudar que hubo en otro tiempo un pueblo culto y civilizado, que ocupó la extensa superficie de aquel continente; pero la fecha de su ocupacion es tan remota, que todo rastro de su historia, progresos y decadencia yace sepultado en la mas profunda oscuridad. La naturaleza, en la época en que arribó Colon, habia afianzado su primitivo dominio sobre la tierra. Las selvas ostentaban toda su frondosidad y lozanía salvajes, obra de muchos siglos. No existia nada que

denotase quiénes y cómo eran los primeros que vivieron, amaron, trabajaron y murieron en el continente de América. Las tribus indias no podian dar razon de sus antecesores: era completa su ignorancia en la materia, y es probable que haya de quedar siempre dudosa, sino del todo inesplicable, semejante cuestion.

Respecto á los indios, bastará por ahora hacer observar, que no tardaron en descubrirse muchos puntos de semejanza entre las diversas tribus que poblaban aquellas regiones. Todos tenian la piel del mismo color rojo; el pelo negro, ralo y erizado; muy poca ó ninguna barba; los pómulos salientes, las quijadas muy abultadas y la frente estrecha y ladeada. Su cuerpo, dotado de soltura en todos sus movimientos, era flexible, ágil, y no carecia de gracia en ciertos casos; pero en cuanto á fuerza muscular, parecian inferiores á los europeos. Sus facultades intelectuales estaban tambien mas limitadas, y sus sentimientos morales menos vivos, por falta de cultura. Lo que parecia caracterizarles, era cierta inflexibilidad de organizacion, que los incapacitaba para recibir ideas ajenas, ó para amalgamarse con naciones mas civilizadas, constituyéndolos, en suma, en un pueblo indomable, aun cuando fácilmente pudiera ser vencido. A esta peculiar organizacion, se amoldaba el carácter de su condicion doméstica y social.

En una carta dirigida á Fernando é Isabel, se espresaba Colon con entusiasmo respecto á los naturales del país, que encontró en su primer viaje. «Juro á vuestras majestades, decia, que no hay gente mejor en el mundo que esta, ni mas afectuosa, afable y benigna. Aman al prójimo como á sí mismos: su lenguaje es el mas dulce, el mas suave y el mas cariñoso; pues siempre hablan sonriéndose, y aunque andan desnudos, créanme, vues-

tras majestades, que sus costumbres son muy morigeradas, y su rey, á quien sirven con sumo respeto, tiene modales tan atractivos, que da gusto verle, así como considerar la gran facultad retentiva de este pueblo y su afan por saber, que les incita á averiguar las causas y los efectos de las cosas.» Un trato mas íntimo con los indios dió á conocer sus moradas, que eran las mas sencillas y rústicas. En algun sitio ameno, á orillas de un rio ó de un manantial que fluyera mansamente, levantaban y agrupaban sus wigwags, contruidos con cortezas de árboles, y hechos de modo que podian deshacerse para trasladarlos á otra localidad. Las viviendas de sus caciques eran á veces mas espaciosas, y contruidas con mas esmero, bien que con los mismos materiales. Solian cercar sus aldeas con empalizadas, que les servian de defensa. Dormian sobre pieles, que se proporcionaban cazando, y aunque se alimentaban principalmente de caza y pesca, no pudiendo contar de un modo seguro con estos recursos, concibieron la idea de sembrar y cultivar maiz en una limitada estension de tierra, al rededor de sus chozas; pero como eran inconstantes en su trabajo, se vieron frecuentemente espuestos á los rigores del hambre. Quanto necesitaba una familia, lo producía y confeccionaba ella misma, siendo apenas conocido entre ellos el cambio de artículos de comercio.

Rigorosamente hablando, no podia decirse que los indios tuvieran gobierno ni leyes. Las cuestiones de público interés, referentes á la guerra, la paz, la permuta de tierras, de caza, ó cosas parecidas, se discutian en junta general de toda la tribu, en que tomaban parte así los jóvenes como los ancianos, y el orador que mas deslumbraba con sus discursos, ó el mas renombrado de sus guerreros, eran por lo general los que hacian

prevaler su opinion en el consejo. Los jefes llegaban á serlo entre ellos, por su mérito superior, por su consumada pericia en la guerra, y en manera alguna por nombramiento, cual se acostumbra en las naciones civilizadas. Desempeñaban su autoridad como mejor podian; pero sin que les fuera dable compeler á nadie á la obediencia. La mas poderosa influencia á que los indios se sujetaban, era la que sobre ellos ejercian los que tenian la habilidad de explotar su ignorancia y credulidad. Del propio modo que todas las tribus bárbaras, eran muy supersticiosos, y sus sacerdotes ó médicos, no solo eran temidos sino obedecidos en todo por los indios. Con arreglo á estas circunstancias, variaban las tribus en sus formas aparentes de gobierno. Las unas estaban sujetas al despotismo espiritual; parecianse otras á una pequeña monarquía; dominaba en algunas la oligarquía, y en otras la democracia, ejerciendo en casi todas la mayor autoridad los principales guerreros.

En caso de disputa ó disension, cada indio se atenia á la ley del talion, y casi siempre no contaba sino consigo mismo para alcanzar el desagravio de las injurias recibidas. Sangre por sangre, era la regla establecida, y los parientes del que habia sucumbido en la pelea, estaban en la obligacion de vengar con sangre su muerte. Este principio dió lugar, como cosa corriente, á innumerables y sañudas contiendas, y á veces aun á guerras de esterminio. La guerra era la gloria y el deleite de los indios; mas no una guerra hecha en la grande escala de pueblos mas civilizados, sino una lucha á muerte, en que la destreza individual, el sufrimiento, la ostentacion y la crueldad, eran los principales requisitos para alcanzar el triunfo. Cuando el indio trataba de vengarse, era capaz de hacer los mayores sacrificios, mostrando una

paciencia y perseverancia verdaderamente heróicas; pero al cesar el estímulo que le habia incitado, volvía á caer en su estado de indiferencia y ociosidad habituales. En los intervalos de los conatos de venganza que mas le estimulaban, empleaba su tiempo en el adorno de su persona, con todo el refinamiento que pudiera prestarle la combinacion de los colores y de las plumas; en la fabricacion de sus armas, que eran la clava, el arco y flechas, y en construir sus canoas de corteza de árbol, tan ligeras, que podian cargarlas en hombros para llevarlas de un rio á otro. Sus diversiones eran bailes guerreros y cantos, asi como ejercicios atléticos, la narracion de sus proezas, ó bien escuchar los discursos de sus jefes; pero durante largos períodos de su existencia, permanecian en cierto estado de entorpecimiento, contemplando negligentemente los árboles de los bosques, las nubes que parecian mecercer encima de su cabeza, y esta ociosidad imprimia una gravedad habitual y aun cierto sello de dulce melancolía en su aspecto y en todo su porte.

Cual sucede en casi todos los pueblos donde no ha penetrado la antorcha de la civilizacion, los mas rudos trabajos entre los indios recaian en las mujeres: ellas sembraban y recogian las cosechas; fabricaban esteras y cestos; llevaban cargas pesadas, y en una palabra, su condicion no se diferenciaba de la de las esclavas. El matrimonio era principalmente negocio de ajuste y venta, dando el marido regalos al padre de la novia, y tarde ó temprano, impelido por su capricho ó por un pretexto cualquiera, degradaba á la esposa, rebajándola á servir de mera criada en la casa. Los indios tenian muy pocos hijos, y estaban sujetos á muchos y crueles ataques de enfermedades. El hambre y la peste acabaron á veces con tribus enteras.

A causa de sus hábitos de emigracion, de sus continuas guerras, de su escasa propagacion, del riesgo que corrian de perecer de hambre y de su propension á fatales enfermedades, Mr. Hildreth se inclina á creer que desde el descubrimiento de la América, el total de la poblacion india al Este de las Montañas Peñascosas (*Rocky Mountains*), nunca ha escedido, si es que ha llegado, á trescientas mil almas. Los dialectos de las diversas tribus esparcidas en el inmenso territorio de la América del Norte, se reducian á cinco clases ó subdivisiones. El mas estensamente difundido de estos cinco lenguajes, llamado el *Algonquin*, segun una de las tribus del Canadá, de la cual los misioneros franceses fueron los primeros que le aprendieron, es sumamente áspero y gutural, con pocas vocales, y palabras cuya estension desmedida es intolerable y ocasionada por formas gramaticales muy complicadas, expresándose frecuentemente una frase entera con una sola voz, por medio de partículas especiales. Verdad es que este carácter es comun, en mayor ó menor grado, á todos los idiomas americanos, y sirve para distinguirlos de los dialectos del mundo antiguo.

Las tribus que hablan el *Algonquin* se extendieron desde la bahía de Hudson, mas allá del Chesapeake, y al sudoeste del Missisipi y el Ohio. Encierran en sí varias confederaciones formidables los *Hurons*, los *Iroquois*, los *Eries*, y otras establecidas cerca de los lagos Erie y Ontario, que ocupan todos los sitios de donde fluyen las aguas superiores de los manantiales occidentales, tributarios del Chesapeake. Entre ellas hay pueblos que hablan distinto lenguaje, menos gutural y mucho mas sonoro, llamado el *Wyandot*, segun una tribu que habita en la playa norte del lago Erie. El *Cherokee* es peculiar de una confederacion de este nombre, esta-

blecida durante varios siglos en los valles del norte de la gran cadena del Allegany, de los cuales no han sido espulsados sino recientemente. El nombre comunde *Mobilian* incluye los dialectos muy parecidos de los *Choctaws*, *Chickasaws* y *Creeks*, ó *Muscogees*; los de los *Appalachees* y *Yamassees*, antiguos habitantes del valle del Bajo Missisipi, y los que se hablan desde allí hasta el pié de los montes Allegany, por la parte Norte, y aun á mayor distancia.

Comparados con los lenguajes del Norte, el Cherokee y el Mobilian son suaves y eufónicos, y abundan en vocales, lo que indica la larga y continua influencia del clima meridional. El número de silabas del Cherokee es muy limitado, circunstancia de la cual ha sacado partido recientemente un individuo de aquella tribu, sin instruccion alguna, pero muy ingenioso, para inventar un alfabeto silábico, por cuyo medio se escribe y lee el Cherokee con extraordinaria facilidad. Poco sabemos del primitivo estado de las tribus errantes que habitaban las praderas occidentales del Missisipi; pero el *Dacotah*, ó el *Sioux*, que continúan hablándose en gran variedad de dialectos, han sido probablemente, por espacio de muchos siglos, el lenguaje que prevaleció en aquella region.

Los *Catawbas*, que dieron su nombre á un rio de la Carolina, y que ocuparon en un principio un estenso territorio adyacente; los *Uchees*, en el Savannah, sometidos á los Creeks; los *Natchez*, pequeña confederacion del Bajo Missisipi, enclavada en el centro de los Choctaws, hablaban, segun parece, lenguajes peculiares, y no hay duda que existian otros casos análogos entre las diversas tribus esparcidas en tan vasto territorio. En cuanto á los dialectos occidentales de que se servian en los Montes Peñascosos, apenas si sabemos cosa alguna.